

una altura superior á sí misma, hasta el amor de todos los hombres.

La unificación de Francia, antes recortada en Estados feudales diferentes que la mano real ataba en un solo haz, se realizaba, pues, de una manera espontánea. Hubiera bastado dejar hacer para que el conjunto de la nación llegara á ser verdaderamente «uno», aunque con la diversidad normal de todos los grupos naturales constituidos para el trazado y la construcción de los caminos, para la demanda de las subsistencias y otros intereses comunes. En cierto modo Francia tenía ya sus cantones, sus distritos y sus departamentos antes que Sieyes concibiese el proyecto de división formal, que Roberto de Vaugondy trazase el mapa y que Thouret lo hiciese votar por la Asamblea; ésta, deseosa de establecer su propio poder, para regular la percepción de los impuestos, las atribuciones y la jerarquía de los funcionarios y la subordinación de los municipios al Estado, no se dejó influir por los votos de las poblaciones, y procedió brutalmente á la división del reino, obedeciendo á la preocupación de hacer las partes de dimensiones iguales.

Hasta fué convenido en un principio que cada uno de los 80 ú 81 (9 por 9) departamentos sería dividido en nueve distritos, divididos á su vez en nueve cantones. Es indudable que la naturaleza de las cosas, independientemente de la voluntad de los legisladores, exigía la supresión de las antiguas divisiones históricas, feudales, administrativas, clericales, militares, fiscales ó aduaneras, que frecuentemente debían su creación á un capricho y que se habían conservado siempre sin la menor atención á la voluntad de las poblaciones interesadas: provincias políticas, generalidades rentísticas, intendencias civiles, diócesis eclesiásticas, gobiernos del ejército, bailías ó senescalías judiciales, recursos parlamentarios, país de derecho romano y de derecho consuetudinario; de gabelas y de rescate, de ayudas y de favor, de concordato y de obediencia<sup>1</sup>, todo eso debía desaparecer necesariamente, librar á Francia de su inextricable red de fronteras entremezcladas — y lo que de ello queda todavía sólo puede conservarse de una manera artificial —; pero los límites de departamentos, distritos y cantones no son menos artificiales en la mayor

<sup>1</sup> Louis Blanc, *Histoire de la Révolution française*, II, p. 402; — Edmond y Jules de Goncourt, *Histoire de la Société Française pendant la Révolution*, p. 393.

parte de sus contornos, y se borrarán también, no sin haber producido el resultado funesto de romper muchas comunicaciones naturales y entorpecer de mil maneras el movimiento espontáneo de las poblaciones.

Verdad es que una división natural en «país» hubiese dado al mapa de Francia un aspecto muy irregular; la superficie de los



Cl. P. Sellier.

LOS CABALLEROS DE SAN LUIS ENTREGANDO SUS INSIGNIAS DISTINTIVAS,  
LO MISMO QUE LOS AGUADORES

diversos elementos yuxtapuestos hubiese variado fácilmente del simple al décuplo: las afinidades electivas difieren en todas las regiones según la naturaleza y las producciones del suelo, el desarrollo moral é intelectual de las poblaciones y la circulación general de la vida. Además, los progresos de la civilización y el aumento de las facilidades en las relaciones de vecindad, en la ausencia de una autoridad central, no hubiesen dejado de suprimir todas esas divisiones parcialmente facticias. En la época en que fueron trazadas las líneas administrativas de reparto, se necesitaban semanas para que el vaivén de las órdenes y de las respuestas pudiera hacerse entre la cabeza y las extremidades del gran cuerpo; ayer se empleaban horas, hoy

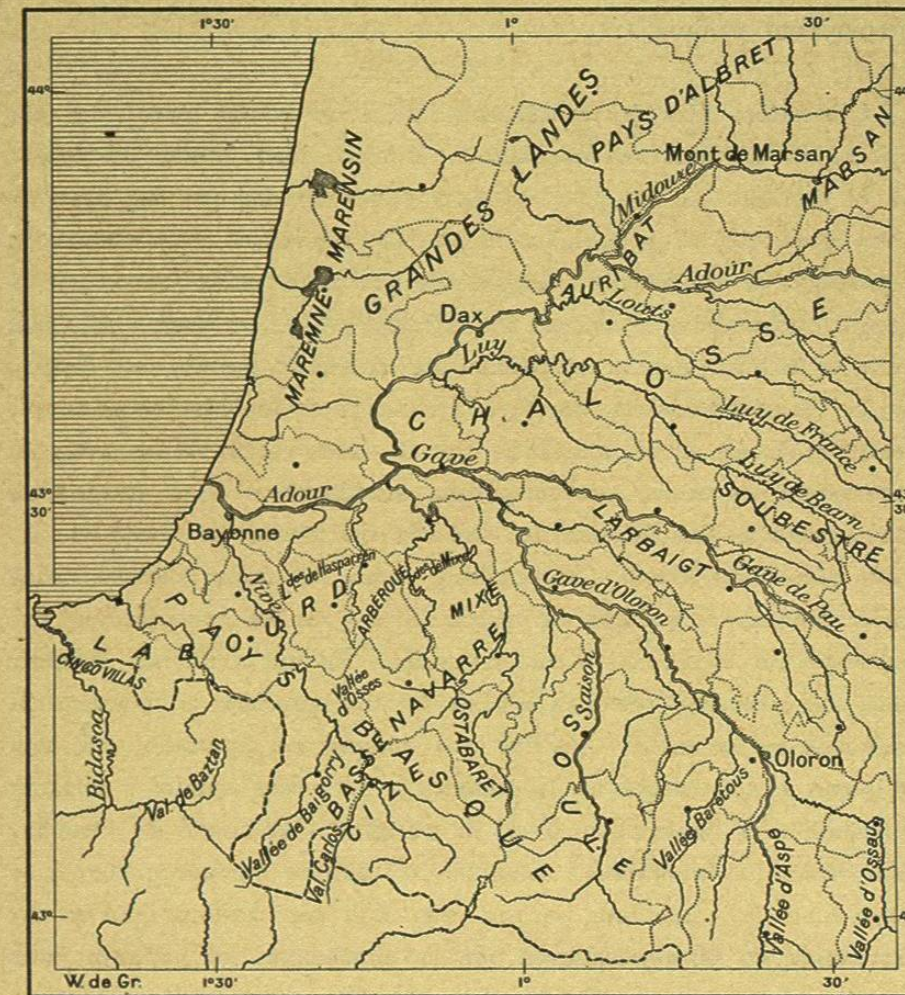
algunos minutos bastan. Es, pues, un verdadero contrasentido querer que se fije por líneas inmutables una historia que se modifica y se transforma siempre.

La nueva distribución administrativa de Francia había de llevar á los legisladores de las diversas asambleas á discutir con pasión las teorías contradictorias relativas á la organización política del reino, federalismo ó centralización. Esa fué precisamente la cuestión planteada por las colonias americanas después de su victoria común sobre las fuerzas británicas; pero la solución no podía ser la misma en las dos comarcas, puesto que las tradiciones históricas y las condiciones presentes diferían en ambas partes. En Francia triunfaron los centralizadores intransigentes, la patria fué declarada «una é indivisible», en el sentido de que las mismas leyes y las mismas formas de administración habían de aplicarse á las poblaciones más opuestas por el origen, las costumbres y los precedentes: en todas partes, al pie de los Pirineos y de los Alpes como en los Ardennes y en Bretaña, los ciudadanos — ó por mejor decir los súbditos — habían de conformarse con las órdenes venidas del centro. Evidentemente la unidad artificial que se quería fundar de ese modo estaba en discordancia con el movimiento de la historia, con el ritmo de la Tierra, y además sólo triunfó en apariencia, porque, según los medios, las leyes se aplican siempre diferentemente.

En 1791, un diputado de la Asamblea constituyente, Achard de Bonvouloir, protestó contra la absurda unificación de las leyes, declarando que la «mayoría de los anteriormente Normandos entendía conservar su costumbre», y abogaba por una «variedad de leyes y de reglamentos en relación con los hábitos y costumbres de cada provincia». Pero el fanatismo de la autoridad, falseando el sentido de la expresión «igualdad entre los hombres», quiso ignorar obstinadamente las tradiciones locales, las costumbres hereditarias que consideraban los indígenas como una parte de su existencia, y el nivel igualitario fué adoptado como símbolo de la Revolución. Hubo provincia que ganó con ello, pero otras perdieron, especialmente los «valles», es decir, las pequeñas repúblicas pirenaicas, que las murallas naturales de sus montañas habían defendido siempre contra el capricho de los señores, y que, en lo sucesivo, abiertas por la

construcción de caminos, la roturación de los bosques y sobre todo por el engrandecimiento del horizonte intelectual y moral, habían de

N.º 429. Pais y Cantones del País Vasco y del Bearn.



En los límites del mapa apenas hay más que los países de los altos valles cuya unidad haya sido respetada por la división en cantón.  
Los puntos negros indican el lugar de las cabezas de cantón.

participar de la vida general de la gran nación que les abrazaba en su extenso territorio. Así fué como las comunidades libres, las «universidades» de los montañeses perdieron la gerencia libre de sus

intereses y sus asambleas soberanas, donde cada uno y cada una tenían el derecho absoluto de presencia, de palabra y de iniciativa. Esa confiscación de una herencia inapreciable tuvo por consecuencia inevitables rencores que se unieron á los elementos de reacción y de rompimiento nacional.

Los bellos días del entusiasmo inicial no podían durar. A excepción de algunos representantes, el clero hizo contra su voluntad el sacrificio de los privilegios, y donde quiera que fué bastante fuerte para excitar y sublevar al pueblo, reivindicó muy rudamente la posesión de sus tierras: campesinos que nada tenían fueron impulsados á batirse para conservar los millones de los prelados. El Cambrésis se había rebelado, empujado por el mismo movimiento clerical que la Flandes próxima, donde la población de los campos se reunía alrededor de sus curas, clamando por la conservación de las antiguas tradiciones, es decir, por su propia servidumbre. Los campesinos murmuraban en las diócesis del Oeste y del Mediodía; hasta en ciudades tales como Nimes y Montauban, donde los odios se conservaban por el contacto inmediato de los católicos y de los protestantes, comenzaban los asesinatos y las matanzas. En tal conflicto, el clero tenía una preciosa ventaja: «sabía lo que quería»<sup>1</sup>, mientras la Asamblea no lo sabía. Así fué que cuando los diputados católicos obligaron á sus colegas de la nobleza y del tercer estado á declarar francamente si profesaban ó no la religión tradicional de Francia, estos diputados vacilantes, inseguros y tímidos porque pertenecían á una edad de transición, porque eran á la vez católicos por la supervivencia y librepensadores por la educación, se hallaron muy perplejos y confusos. ¡En 1790 la Asamblea constituyente discutió muchas horas para saber si había de mantenerse la revocación del edicto de Nantes! Después se ocupó de la constitución del clero, ignorando el dogma que profesaba la Iglesia, y decidió pagar muy caro unas ceremonias extrañas, aceptables para el pueblo, pero despreciable para la mayor parte de sus representantes. Como el sátiro de la fábula, los representantes de la nación soplaban el frío y el calor.

<sup>1</sup> Michelet, *Histoire de la Révolution française*, vol. I, *passim*.

Francia hubo, pues, de permanecer católica, puesto que la nueva fe de la fraternidad de los hombres separada de todo mandamiento divino no tenía aún conciencia de sí misma. Si la burguesía sobrevivió triunfante á todos los acontecimientos caóticos de la Revolución, débese á que había acabado su evolución previa y no se dejaba separar de su ideal. Pero el pensamiento libre no se había presentado aún: la burguesía no se había desprendido del misticismo evangélico y creía siempre en una moral divina destilada por la Iglesia, y ésta, no habiendo terminado aún la serie de sus transformaciones, adquirió nuevamente la superioridad.

La sociedad civil trató de establecer, por lo mismo, un arreglo con la religión cristiana; hubo curas republicanos que se prestaron á esta conciliación, creyendo que podrían obedecer al Evangelio del Crucificado á la vez que al de los Enciclopedistas, y con toda sinceridad permanecían observadores de su fe después de pronunciar el juramento que se les exigía, en calidad de funcionarios, de permanecer «fieles á la nación, á la ley y al rey, y conservar la constitución». Pero una vez más se cumplió el proverbio bíblico: no se puede servir á dos señores. El papa desaprobó á los curas juramentados, y pronto la multitud de los católicos furiosos vió en ellos endemoniados y mágicos que envenenaban la hostia con sus maleficios; se rechazaron sus oraciones, se apartaron con horror de sus ceremonias, en tanto que se acudía apresuradamente alrededor de los santos que no habían mancillado su boca con palabras condenadas por la Iglesia y que permanecían en comunión directa con el Padre santo, representante por excelencia del antiguo régimen, mejor aún que el rey mismo. El antagonismo entre la sociedad revolucionaria y la cristiandad tradicional se hizo cada vez más violento, más irreconciliable, cuando la Asamblea, convencida de que el pueblo no podía pasarse sin un culto, acordó que la gran fiesta nacional sería en lo sucesivo la de la Razón, y que se celebraría en la misma iglesia de Nuestra Señora, en el mismo lugar y en substitución del culto suprimido y sobre su altar. Semejantes ceremonias, ejecutadas con pompa teatral y falsa, no eran más que una especie de parodia de la misa católica, siéndole muy inferiores, puesto que no procedían del pueblo y entre los figurantes ninguno sentía íntima convicción. El conflicto

entre la Razón y la Iglesia había de terminarse en provecho de esta última, puesto que la Razón se erigía también en diosa, pobre, impotente imitación del pasado. ¿Era una Minerva, una Virgen nueva? Pero las oraciones no subían hasta ella, mientras que en el fondo de las criptas, las antiguas supervivencias inclinaban todavía las frentes delante de las efigies ennegrecidas por el tiempo.

Por otra parte, aunque dejando á un lado las formas del catolicismo tradicional, que no se osó proscribir y que hasta Robespierre, convertido casi en papa en un mundo de fieles, protegió ostensiblemente, como para hallar en él la garantía más segura del poder absoluto, todos los republicanos, sus instituciones y sus obras participaban del espíritu católico; todos pretendían hacer de grado ó por fuerza la dicha de la humanidad, dictarle leyes inviolables, concebidas en un cerebro infalible. «En tanto que no hayáis encajinado sobre una misma huella y moldeado en una misma forma todos los hijos de la patria, decía Duros, en vano proclamarán vuestras leyes la santa igualdad». Cada revolucionario llevaba en sí un dictador. Por fortuna, durante la grande y ferviente época de la Revolución, cuando aún obedecía á su primer impulso, todas esas dictaduras se combatían entre sí y de su choque nacía la resultante, la gran obra del pueblo. Porque la verdad es que por poderosos que se mostraran tales ó cuales individuos, por enérgicamente que su voluntad penetrara en el caos de las cosas, ni Mirabeau, ni Danton, ni ningún otro hubieran hecho nada sin la presión de abajo, sin el empuje de los infinitos clubs, de las asambleas pululantes que por todas partes se formaban, se agrupaban, se federaban, ayudando á componer, á renovar, á reanimar las asambleas más numerosas, más próximas al poder. Las federaciones arrastraban á los clubs y éstos á los cuerpos deliberantes. Los Franciscanos y los Jacobinos preparaban y decidían de antemano lo que el Municipio de París, la Constituyente y la Convención decretaban. Así es como la población francesa, excitada por el entusiasmo revolucionario, tomaba parte, con ó sin mandato, en las deliberaciones comunes.

A la guerra civil que se preparaba, encendida por el clero, y cuyos primeros chispazos hacían nacer incendios, amenazaba juntarse la guerra extranjera, tanto más temible cuanto que el ejército estaba

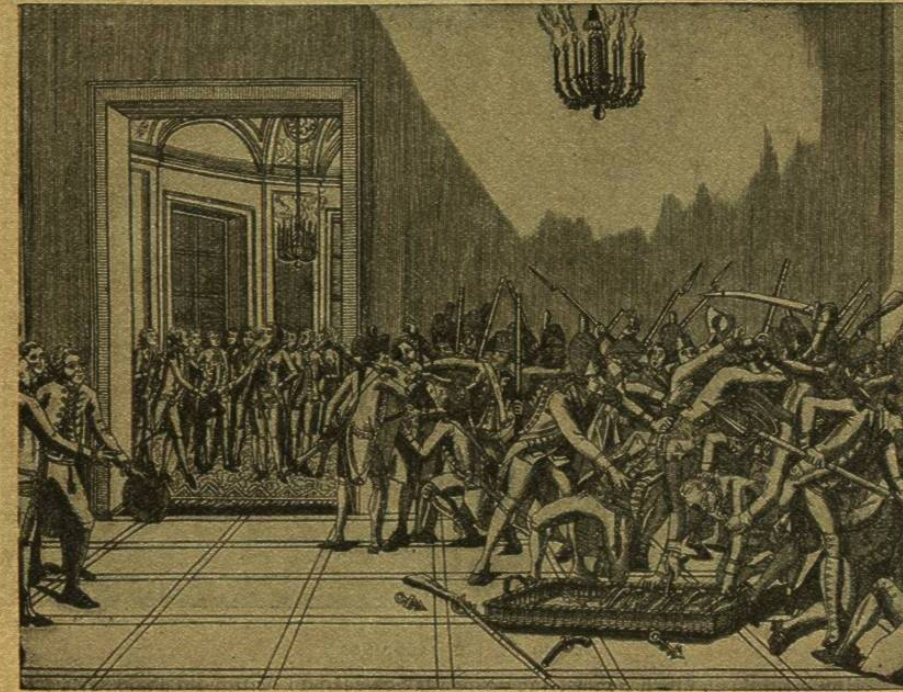


Museo de Versalles.

TOMA DE LAS TULLERÍAS (10 AGOSTO 1792)  
POR J. BERTAUX

G. J. Kuhn, edit.

todavía mandado por nobles, enemigos más ó menos encubiertos de la Revolución, y que el rey mismo, quisiera ó no, era forzosamente el cómplice y el jefe virtual del ejército de los emigrados. Los campos de ataque se habían formado en la proximidad de la frontera, en Turín y en Tréveris, y de ambos lados las comunicaciones se hacían casi libremente: hasta los oficiales recibían sus pensiones y el Estado



Gabinete de las Estampas.

## LOS CABALLEROS DEL PUÑAL

desarmados en presencia de Luis XVI (Febrero 1791).

pagaba los uniformes y los caballos; no se sabía dónde comenzaba ni dónde acababa Francia, y para Luis XVI estaba ciertamente lejos de París: allá tropas sólidas, fieles Alemanes le esperaban para reconducirle triunfalmente á su capital temblorosa y desarmada.

Por eso trató de huir: había ya recorrido en silla de posta más de las tres cuartas partes del camino, hacia el campo de Montmedy, desde donde hubiera podido dar la mano á los emigrados de Tréveris, cuando fué reconocido y devuelto desde Varennes á su palacio de las Tullerías (1791). El golpe fatal se había dado. Desde entonces